

Toda
una vida
al filo de
lo imposible

MIS MONTAÑAS

Sebastián Álvaro



ANAYA
TOURING

Toda
una vida
al filo de
lo imposible

MIS MONTAÑAS

Sebastián Álvaro

ANAYA
TOURING



*Los lugares donde no se ha amado ni se ha sufrido
no dejan en nosotros ningún recuerdo.*

Pierre Loti

*No dejaremos de explorar. Y el fin de toda
exploración será el de llegar al lugar donde partimos.
Y conocer ese lugar como por vez primera.*

T. S. Eliot

A Carmen, principio y fin de todo.

SUMARIO

UNAS CLAVES A MODO DE INTRODUCCIÓN

9

LA MONTAÑA ESCONDIDA

Hidden Peak (8.068 m)

Karakórum. Pakistán

23

LA PASIÓN ROMÁNTICA

Mont Blanc (4.807 m)

Los Alpes. Francia e Italia

37

EL LUGAR DONDE HAS SIDO FELIZ

Peñalara (2.429 m)

Sierra de Guadarrama. España

53

LA GRAN MONTAÑA

K2 (8.611 m)

Karakórum. Pakistán

65

EL VELO DE LA NOVIA

El Chogolisa (7.654 m)

Karakórum. Pakistán

81

LA MONTAÑA SOÑADA

Naranjo de Bulnes (2.519 m)

Picos de Europa. España

99

MONTAÑAS DEL CONFÍN DE LA TIERRA

Monte Vinson (4.897 m), monte Jaca (3.540 m), monte Scott (832 m),
monte Mill (734 m), monte Shackleton (1.465 m) y monte Wandell (980 m)

Antártida

115

BÁJAME UNA ESTRELLA

Monte Perdido (3.355 m)

Pirineos. España

133

EN EL AIRE LEVE

Everest (8.848 m)

Himalaya, Nepal y China

149

LA MONTAÑA EN UN MAR DE ARENA

Monte Uweinat (1.934 m)

Gran Mar de Arena. Egipto, Libia y Sudán

171

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

Pico Margarita (5.109 m)

Macizo del Ruwenzori. Uganda

191

LAS MONTAÑAS MÁS BONITAS DEL MUNDO

Cerro Torre (3.121 m) y Gasherbrum IV (7.925 m)

Andes. Argentina y Chile / Karakórum. China y Pakistán

211

EL NAVEGANTE OLVIDADO

Cerro Ladrillero (1.665 m)

Patagonia. Chile

233

LAS MONTAÑAS DEL OCÉANO

Monte Paget (2.934 m), monte Regulator (724 m)

y travesía de Shackleton

Archipiélago de Georgias del Sur

249

EL JARDÍN DE LAS AUSENCIAS

La aguja verde (4.122 m)

Alpes. Francia

271





UNAS CLAVES A MODO DE INTRODUCCIÓN

Cuatro alpinistas
en el glaciar de Baltoro
se dirigen a la vertiente
sur del K2.

Creo que fue Miguel Delibes el que dijo que el oficio del escritor es contar historias de paisajes, personas y pasiones. Y echando la vista atrás me doy cuenta de que, consciente o inconscientemente, es lo que he estado haciendo toda la vida, como escritor, periodista y documentalista. Si tuviera que concretar más, diría que mi vida ha estado ligada a paisajes de montaña.

Más difícil me resulta explicar qué razones me mueven para seguir escalando montañas. Me sucede lo mismo con las personas, cuando estoy delante de ellas solo puedo seguir el mandato del corazón. Muchas veces fui a las montañas para alejarme del mundanal ruido y poner distancia con esta sociedad que hace tiempo que perdió el rumbo, la sensatez, la compasión, la empatía y la mirada generosa con los que más lo necesitan; así como la valentía y el honroso y noble deseo de ser mejores. Otras veces, en momentos tristes o malos, las montañas me brindaron cobijo cuando no había nada ni nadie que calmase mi

desconsuelo, más que a perderme fui a encontrarme y me acogieron como un hijo pródigo o un amante solícito. Es difícil explicar mis sentimientos, pero es fácil describir esos lugares al margen del ser humano, donde todo se vuelve primigenio y desmesurado: la luz, las distancias, las tormentas y esa amante inoportuna, que se llama soledad, que es la única que nos acompañará toda la vida desde el principio hasta el final. En las montañas encuentro cuanto deseo, allí se acompasa mi corazón, mi cabeza y mi alma latiendo al ritmo de la Tierra. Simplemente es puro amor, no puedo vivir sin ellas.

Este libro es fruto de esa pasión compartida a través de algunas de esas montañas que cambiaron mi vida. Unas, como el K2, el Nanga Parbat o el Everest, las descubrí de adolescente, cuando comencé a escalar y, al mismo tiempo, a leer los relatos de otros alpinistas. Primero las idealicé como un sueño inalcanzable, pero luego, bastante más tarde, las convertí en objetivos de

grandes aventuras, llenas de peligros e incertidumbres. Fue entonces cuando convencí a mis compañeros de que merecía la pena intentar ascenderlas. Sin duda, todas ellas cambiaron la percepción que tenía de las grandes montañas del Karakórum y el Himalaya y, de paso, mi existencia. Y no únicamente por el tiempo pasado en ellas, ya que solo en esos tres ochomiles realizamos catorce expediciones, lo que supone que invertí en ellas más de dos años de mi vida, sin contar el tiempo que me exigía organizar y planificar aventuras de esta envergadura. Más significativas fueron la intensidad y la incertidumbre de todos los días pasados en ellas. Pero, con ser importantes los ochomiles —a los que hemos realizado más de sesenta expediciones y más de trescientos compañeros hicieron cumbre—, ha habido muchas otras montañas de menor altitud que me dejaron tanta huella, o quizás más, pues siguen prendidas en mi corazón.

Así que cuando me propuse escribir un libro sobre algunas de «mis» montañas, lo más complejo fue hacer una selección de ellas, pues he recorrido, conocido, fotografiado, explorado, ascendido o escalado picos de los seis continentes. Y no puedo recordar unas y olvidar otras. Del mismo modo que los amores y afectos que hemos tejido a través del tiempo nos conducen a otros, inevitablemente cada montaña me lleva a otras, como cuando, al intentar sacar unas cerezas de un cesto, unas van enredadas en otras muchas. De la misma forma, este libro es un racimo de recuerdos de montañas del que van colgando emociones y amigos; y también esfuerzo, sacrificios, belleza, soledad, silencios y alegrías. Y alguna profunda tristeza. Aunque en un hermoso verso el poeta británico Robert Browning sentenciase que nunca se logra unir el momento, el lugar y la

persona amada, he tenido la fortuna de llevarle la contraria algunas veces. En todo caso, hay que perseguir esos instantes porque son los que dan sentido a una vida.

Precisamente por ello sigo explorando, escalando y viajando con aquellos viejos —y algunos nuevos— amigos. Aunque, como cuenta Ulises, el héroe de la *Odisea* (a través de la pluma de otro poeta romántico, Alfred Tennyson), las fuerzas hayan disminuido y no sean las mismas que «año removieron cielos y tierra», comparto la idea del héroe griego cuando, ya veterano, afirma que «nunca es tarde para buscar un mundo nuevo» mientras «sigamos siendo lo que somos» y aún perduren, en mi caso, los rescoldos de aquella pasión que alimentó la llama que me llevó a realizar más de 250 expediciones, filmar 350 documentales, escribir decenas de diarios y hacer más de un millón de fotografías. Repasar mis diarios, al tiempo que seleccionaba las imágenes que figuran en estas páginas, ha supuesto una vivificante tarea, pues he vuelto a internarme en recuerdos tan intensos como perturbadores. Espero que los relatos, y las fotografías que los acompañan, les transmitan esos instantes suspendidos en el tiempo, emociones congeladas que nunca he podido olvidar. A veces, mientras escribía estas líneas o buscaba las imágenes, en cualquier momento, de sopetón, regresaban para recordarme lo que fuimos, lo que alcanzamos, lo que somos ahora. Y, como en medio de una tormenta, me zarandean vientos impetuosos de amigos y amores que ya no están; regresan para traerme de vuelta aquel torbellino de juventud rebelde, cuando quisimos cambiar el mundo y nos creímos capaces de todo, cuando nadie pensaba en el futuro porque todo era presente apasionado. Pero el futuro siempre llega, aunque no quieras; excepto para los que tu-

vieron peor suerte y perdieron todo lo que eran y, aún peor, todo lo que podían haber sido. Y aquí están ahora mientras escribo, mirándome a los ojos delante del espejo.

He dedicado tres cuartas partes de mi vida a escalar cientos de montañas de los seis continentes, algunas en los lugares más remotos de la Tierra. Muchas de ellas con amigos, en expediciones muy sacrificadas, difíciles y comprometidas. Pero también he elegido otras en lugares muy cerca de casa, sencillas y accesibles, a las que siempre regreso, como se hace con los buenos amigos, los buenos museos y algunas músicas y películas. A veces solo; otras, con personas que quisieron conocer de mi mano los paisajes que me siguen emocionando, y que ataron desde niño mis pasos y mi alma montañera a monumentos de roca como Peñalara, en el Guadarrama, el monte Perdido, en los Pirineos, el Naranjo, en Picos de Europa, o las escaladas en el dulce abismo de los Mallos de Riglos. Esa es la razón de que figuren en estas páginas, pues nada se puede explicar sin esa primera mirada de la infancia y la adolescen-

cia. De forma consciente, no he querido guiarme por cualquier criterio objetivo, como dificultad o altitud, sino, antes al contrario, por historias que me dejaron una huella indeleble en el alma.

En estas primeras páginas debería señalar que, a pesar de una gran experiencia montañera, todavía me resulta difícil explicar la cuestión de fondo de este libro: el impulso innato del ser humano que le ha llevado a explorar el planeta, y las cercanías del universo próximo, a fuerza de internarse en lo desconocido afrontando peligros sin cuento, pues lo desconocido siempre es misterioso y peligroso. Creo que en esa búsqueda continua reside el sentido de la esencia humana. Menos aún puedo explicar, desde luego, qué nos impulsa a escalar altas montañas o plantearnos otro tipo de retos en la gran naturaleza que, inevitablemente, nos obligarán a asumir grandes riesgos, comprometiendo, incluso, la propia existencia, sin más recompensa que la de experimentar emociones tan profundas que, como dijo Giner de los Ríos, pueden ser casi espirituales. Mi madre, y algunos de mis amigos, nunca enten-



Escalando en
los Mallos de Riglos
y ascendiendo al
monte Perdido.

dieron que, pudiendo trabajar confortablemente en la redacción de los servicios informativos de TVE, lo dejara todo por hacer algo tan incierto y peligroso como realizar documentales de aventura y expediciones a grandes montañas.

Probablemente la respuesta se encuentre grabada a fuego en ese apartado de nuestro código genético que nos ha permitido sobrevivir en un entorno tan inhóspito y duro como era la Tierra de los primeros homínidos. Porque, en definitiva, «solo somos una raza avanzada de monos en un planeta menor», como señaló el físico Stephen Hawking, pero que, al contrario del resto de primates, nunca perdemos nuestra curiosidad y nuestra capacidad de jugar. Subimos montañas porque somos una especie exploradora. Y lo hicimos al principio por una mera cuestión de supervivencia. Luego, en palabras del escritor Apsley Cherry-Garrad, la exploración se convirtió en «la expresión física de una pasión

intelectual». Aunque quizás no todos los individuos de nuestra especie compartan la curiosidad y sientan esa pasión. Pero una parte de nuestros congéneres se atrevieron, desde sus comienzos, a sobrepasar los límites territoriales y mentales que la geografía, las costumbres y los conocimientos de su tiempo les impusieron. La Historia y la Geografía lo cuentan y lo demuestran. Pero jamás encontraremos una respuesta convincente para los escépticos, pues nunca hay garantías de volver de nuestra última escalada. Son experiencias que solo demuestran la singularidad de nuestra especie. Y, en realidad, escribimos libros, hacemos películas y nos reunimos para hablar de nuestra pasión simplemente porque nosotros también buscamos respuestas. Nadie está libre de un accidente por mucha experiencia y fortaleza que se posean. Generaciones enteras de los mejores alpinistas británicos, polacos o españoles se quedaron en las montañas. Yo lo viví en persona.

Escalando
en invierno
el Grand Capucin.



Así que admito que, si solo se tuvieran en cuenta los datos estadísticos, no habría una explicación lógica aceptable. Pero eso supondría olvidar las emociones, y el hecho incontestable de que, en definitiva, somos las personas las que tomamos las decisiones acerca del modo en que vivimos y también sus consecuencias. El romanticismo nos dejó varias adicciones, entre ellas el amor por la libertad, el paisaje y la solidaridad con los más necesitados. Algunos no hemos podido olvidarlo. Así que lo único que puedo hacer es tratar de explicar brevemente el proceso que me llevó a dedicar la vida entera a la aventura, los documentales y las montañas.

Por mucho que pasen los años, jamás olvidaré las primeras caminatas que hice de niño ni el penetrante olor a pino y jara de la sierra de Guadarrama. Tampoco el sudor y el cansancio, y el sonido de la lluvia y el viento restallando sobre la lona de la tienda. Las sensaciones de ese primer contacto con la gran naturaleza nunca se olvidan porque nos provocan miedo, inquietud, asombro y maravilla. Acompasar tu andar, el pensar y el sentir con el ritmo de la Tierra. Aquella primera vez, con nueve años, la sierra del Guadarrama me pareció la cordillera del Himalaya; fue como la primera vez que te enamoras: nunca se olvida. Son sueños ligados a los momentos más felices de la vida. Desde entonces no los he olvidado y siempre que puedo vuelvo a buscarlos. Aunque a veces regrese a Madrid cansado, desgastado o exhausto de alguna expedición al Karakórum o Georgias del Sur, me echo la mochila a la espalda y salgo a buscar al niño que todavía sigue dentro de mí. En Guadarrama descubrí, también por primera vez, mi estatura real en el mundo que nos rodea. La montaña, como el mar o el desierto, te reta y, al mismo tiempo, te invita a

formar parte de ella. Así son también el amor, y la vida. Aquellas emociones primordiales, tan profundas y enternecedoras, no podemos controlarlas ni las podemos olvidar. Y nos cambian para siempre, porque necesitan ser utilizadas y estimuladas permanentemente. Por un lado, nos embriaga la percepción de la belleza que vamos descubriendo mientras caminamos. El asombro, como mantenía Aristóteles, es el origen del saber; y la imaginación y la curiosidad, las mejores demostraciones de la inteligencia. Es también un largo camino de aprendizaje que nunca termina y que nos va recordando aquella primera montaña que nos pareció inaccesible, el atardecer que nos obligó a parar aunque se nos hiciese tarde, la primera vez que pasamos miedo de verdad, el primer vivac con los ojos como faros mirando el universo estrellado...

Y también la inquietante y agradable sensación de aventurarnos en territorios que nos estaban vedados: ese momento en el que se abre una puerta que nunca se cerrará y nos impulsará a buscar nuestros límites y los del planeta en que vivimos. Son aventuras que estarán, a partir de ese momento, ligadas indisolublemente al esfuerzo que cuesta alcanzarlas; también, al descubrimiento de nuestras capacidades y de nuestros miedos y limitaciones. Pero, por encima de cualquier otra emoción, la montaña emana una sensación de libertad que no puede encontrarse en ninguna otra situación ni en ningún otro lugar; quizás, y con excepciones, en algunos desiertos. La razón estriba en que las zonas altas de las montañas son los últimos lugares de nuestro mundo a salvo de la depredación de los seres humanos. Y, por lo que vemos todos los días, no sabemos durante cuánto tiempo, como ejemplifican el intento de llenar de cables y pilonas los mejores valles del Pirineo o

De izquierda a derecha: ascendiendo al monte Banck; navegando por el canal Lemaire; filmando en 1983 en el Karakórum, y el Miancimu, una de las montañas más bellas del mundo.

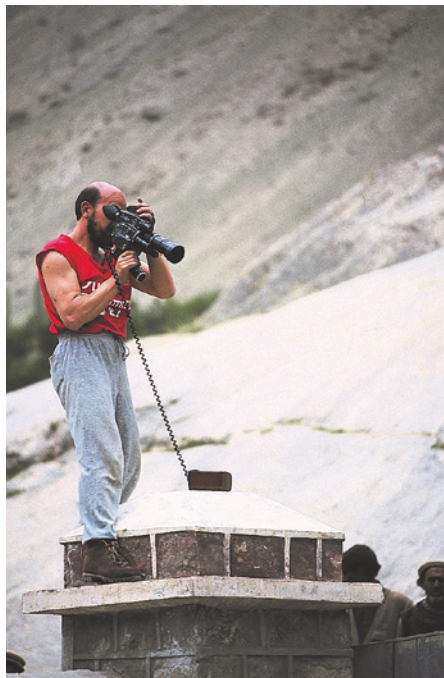


la masificación, en las semanas que anteceden al periodo monzónico, del Everest, convertido en un circo codicioso de vanidades y en el basurero más alto del mundo.

Es muy poco lo que nos queda, así que debemos defenderlo haciendo frente a la codicia y la corrupción, pues nos va en ello nuestra propia existencia. Los espacios montañosos nos recuerdan que este es el único planeta en el que podemos vivir, y que nuestra existencia está ligada indisolublemente a la biosfera, igual que el resto de las especies que habitamos la Tierra. No tenemos otro planeta de reserva. Las montañas nos brindan la última oportunidad de entablar una nueva relación moral con la naturaleza basada en una mayor comprensión de ella y de nosotros mismos. Por eso necesitamos conservar esos templos donde se recluyen la belleza y el silencio. Es el mundo del fin del mundo.

Al menos, esa es mi experiencia personal.

Algún marino, como Hugo Delignieres —el experto capitán que nos llevó en su velero *La Sourire* varias veces a la Antártida, Tierra de Fuego y al archipiélago de Georgias del Sur—, podría argumentar que él ha sentido algo parecido mientras navegaba por los océanos más tormentosos del mundo. Pero uno, menos marino que Hugo y menos africanista que Conrad, siempre ha preferido las montañas y desiertos de Asia a las selvas de África y a los mares tormentosos del sur. Quizás para vencer mis temores, aunque pueda parecer contradictorio, he realizado varias travesías en velero por el mar de Hoces para alcanzar la Antártida; algunas otras, en los canales magallánicos, siguiendo la navegación de Juan Ladrillero en el siglo xvi; aunque las peores, sin duda, fueron las dos que realizamos desde las islas Malvinas para alcanzar la isla de San Pedro en Georgias del Sur.

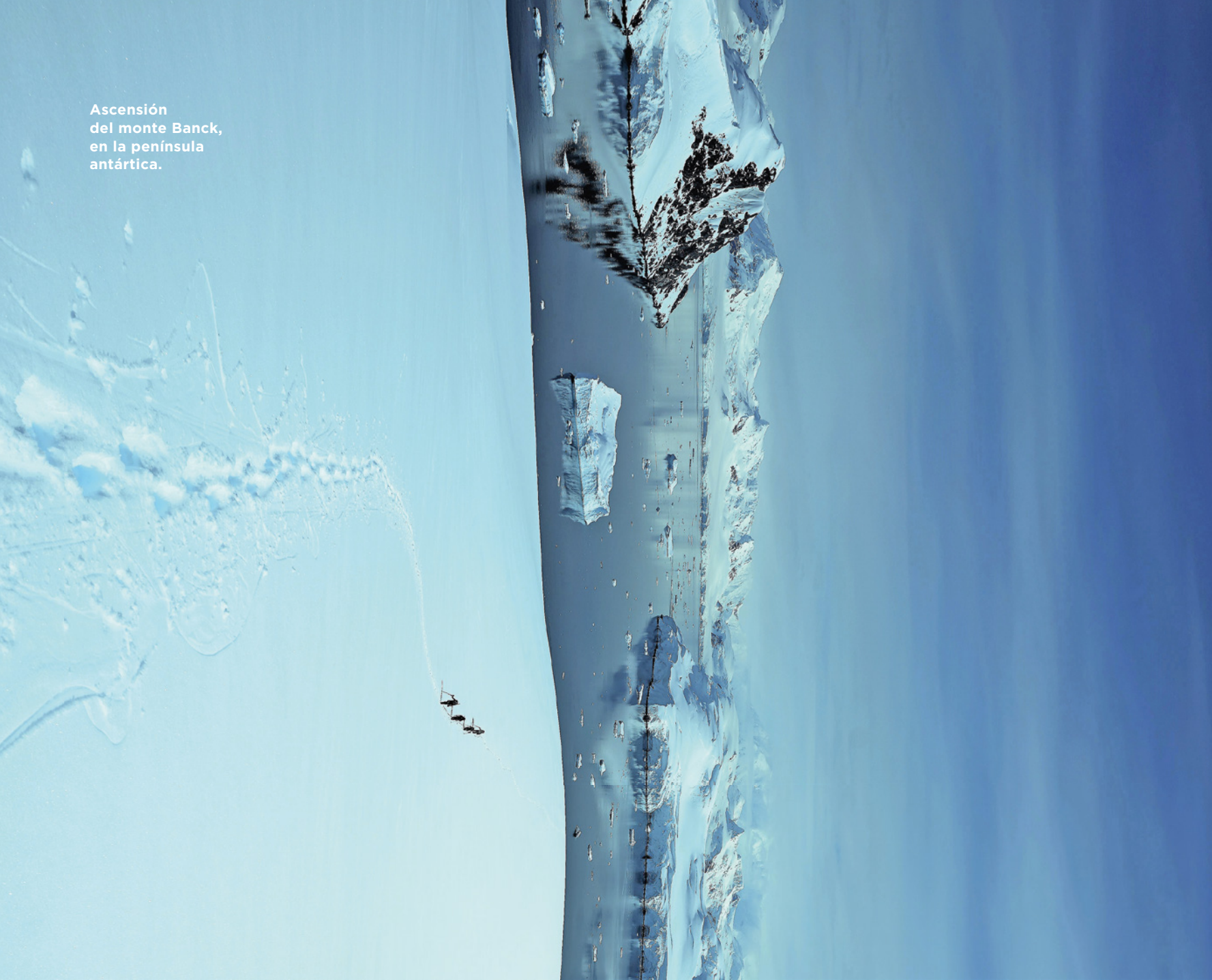


Esas travesías en velero las cuento entre las experiencias más duras que he vivido. También he cruzado las selvas del Ruwenzori y Kilimanjaro, en África, y la del gran cañón del Yarlung Tsangpó en el Tíbet. Pero esas inquietantes navegaciones y las marchas por oscuras, opresivas, húmedas y chapoteantes selvas las asumí como el duro tributo que debía pagar por acceder a montañas tan hermosas como el Cerro Ladrillero, el Sarmiento, el pico Margarita, el Kilimanjaro, el Gyala Peri o, ya en la Antártida, el monte Scott, el Wandell, Banks, o por seguir en la isla de San Pedro las huellas de Shackleton en los glaciares Murray, Crean o Fortuna. Algunas de esas aventuras las encontrarán en estas páginas. A veces mezcladas con otras en mi cabeza, que ha intentado ordenarlas y dotarlas de sentido y sentimientos. Aunque no descarto que, en realidad, hayan sido las montañas las que han ordenado mi cabeza y mi vida.

Sin ellas nada tendría sentido. Calzarse las botas y dirigir los pasos hacia cualquier montaña, sin ataduras ni restricciones, es uno de los mayores actos de libertad individual a los que puede acceder el ser humano. Y este libro es fruto de esa libertad, ejercida y practicada apasionadamente —siempre con la cámara al hombro— durante muchos años por el mundo. Es decir, fruto de la acción, la reflexión y la experiencia en las montañas. Son retazos de una vida al filo. Por eso son «Mis montañas». Con intención he querido titular este libro así como homenaje a un buen hombre, un gran amigo y el mejor alpinista que he conocido: Walter Bonatti¹.

¹ Uno de los primeros libros de Walter Bonatti es *Le mie montagne*, publicado por la editorial Zanichelli, 1961. [N. del autor.]

Ascensión
del monte Banck,
en la península
antártica.







LA PASIÓN ROMÁNTICA

Mont Blanc (4.807 m)

Los Alpes. Francia e Italia

La ruta normal del Mont Blanc, muy cerca de la cumbre, sigue la arista de Bosses.

La primera vez que intenté el Mont Blanc fue en 1975 y todavía vivía Franco. Fernando Gallo, un querido amigo de la infancia, un poco mayor y que me introdujo en la montaña, y yo iniciamos un viaje por Europa en el que pretendíamos recorrer en veinticinco días buena parte de Italia y Europa central y, de paso, escalar el Mont Blanc y el Cervino. El viaje fue una experiencia inolvidable, pero en los Alpes aprendí la primera lección fundamental a la hora de afrontar la alta montaña. Éramos jóvenes y apenas teníamos días para escalar, de modo que lo lógico era hacer dos ascensiones rápidas para continuar el viaje con nuestras chicas, que nos esperaban en el camping y a las que habíamos vendido «un viaje turístico por Florencia, Venecia, Viena, Praga y París». Así que, nada más llegar, salimos directamente como un tiro para salvar los casi 1.500 metros de desnivel e ir a dormir al refugio de Goûter (3.817 m).

Desde allí, al día siguiente, salvaríamos otros mil metros para alcanzar la cima de la montaña más alta de los Alpes y, por entonces, también de Europa. La verdad es que pasé la noche vomitando en el refugio y a la mañana siguiente tuvimos que renunciar y bajarnos a Chamonix derrotados. En el Cervino, con el tiempo justo también, nos levantamos tarde, y como ni el clima ni la ruta nos lo pusieron fácil, al final, cerca de la cumbre, tuvimos que bajarnos. Así que de aquel viaje romántico —maravilloso por otro lado— vine con la lección aprendida: nunca vayas con prisa, no te levantes tarde para escalar y acomódate al ritmo de la montaña.

Pocos veranos después volveríamos, pero esta vez el objetivo era escalar en los Alpes. Subiríamos al Mont Blanc, pero antes nos aclimataríamos realizando caminatas por las montañas de los alrededores y escalando la arista de los Cósmicos, la Petit Verte, la Midi Plan y la arista

de Rochefort. Luego subimos sin problemas al Mont Blanc, disfrutando de buen tiempo y un amanecer glorioso, mientras dábamos los últimos pasos para alcanzar, al mismo tiempo, los primeros rayos de sol y los 4.807 metros de altitud de aquella montaña donde un sabio ginebrino inventó el alpinismo. Y lo hicimos bien, casi de manual. Salimos de noche, hicimos una parada en el refugio Vallot, porque llevábamos los pies fríos, y luego acometimos la arista de Bosses, que es una de las más bellas ascensiones en nieve de los Alpes. No pasamos mucho tiempo en la cumbre, el imprescindible para ver el magnífico espectáculo del sol naciente sobre esas grandes montañas. Por entonces ya sabíamos que la cumbre es la mitad de la escalada y que, generalmente, la segunda parte siempre es más delicada y agotadora. Todavía nos quedaba mucho camino por delante, ya que queríamos completar un recorrido circular bajando a Chamonix por el itinerario de los Grands Mulets. En el descenso vivimos el único instante de tensión, porque se produjo una avalancha en el Grand Plateau que, por un momento, creímos que podría alcanzarnos. Afortunadamente tuvimos suerte y pudimos disfrutar del itinerario glaciar en la Jonction, quebrándose en grandes bloques de hielo. Aunque luego recorrería otros glaciares más grandes, en el Karakórum, el Himalaya, la Antártida o la Patagonia, aquella fue la primera vez que un paisaje glaciar me impresionó hondamente.

Desde entonces han pasado más de cuarenta años y, según algunos datos, el Mont Blanc se cobra anualmente unas cuarenta víctimas mortales entre los más de veinte mil montañeros que intentan llegar hasta su cima. El Mont Blanc es una de las montañas más visitadas y perseguidas del mundo, junto al Everest y el

Aconcagua, y también, como ellas, se ha convertido en un codicioso negocio, es decir, objeto de especulación, contaminación y maltrato. Pero durante dos siglos fue la montaña más alta de Europa, hasta que el Elbruz, en el Cáucaso ruso (una montaña bicéfala que compartí con Ramón Portilla en 1994), le arrebató ese puesto. La verdad es que, en mi pasión romántica, el Mont Blanc siempre siguió siendo la montaña número uno.

En aquellos años el Mont Blanc significaba mucho más. Eran los tiempos en los que para los jóvenes montañeros simbolizaba un ideal de valentía, nobleza, juego limpio y el alpinismo más sacrificado. Años más tarde, cuando ya éramos amigos, Walter Bonatti me confesaría que el Mont Blanc representaba la casa del Padre, con el cual él entablaba un diálogo como lo hace un hijo con su progenitor. Y por eso era allí adonde siempre regresaba. Bonatti abriría rutas difíciles en todas las vertientes de los Alpes, convirtiéndose en el más noble heredero de una larga tradición alpina.

Cuando los ilustrados europeos dirigieron su mirada hacia la naturaleza, como territorio para el desarrollo del pensamiento, se fijaron en los Alpes, donde reinaba una montaña colosal defendida por peligrosos glaciares y grietas insondables. Aquella montaña temible era conocida como «la Montaña Maldita». Fueron la civilización, la ciencia y el pensamiento romántico los que transformaron la mirada sobre el paisaje alpino. Donde generaciones de seres humanos habían situado el hogar de tormentas y animales mitológicos y donde un sabio ginebrino abriría un nuevo territorio de aventura. Se trataba de Horace-Bénédict de Saussure, considerado el inventor del alpinismo desde



Izquierda: con Marisa al terminar el corredor Griffin. Derecha: escalando en la parte superior.

que decidió que aquella montaña debía ser escalada por pura pasión científica y aventurera. En principio ofreció una recompensa a quien lo lograra. Pero tuvieron que pasar más de veinte años de intentos fallidos para que, en agosto de 1786, consiguiesen ese premio dos hombres de muy diferente origen y educación: Michel-Gabriel Paccard, médico de Chamonix, y Jacques Balmat, buscador de cristales de roca. Un año más tarde, como justo premio a su curiosidad y valentía, también lo lograría el científico ginebrino, cuya estatua se levanta en el centro de Chamonix. Desde entonces aquella cima se convertiría en el símbolo de una nueva pasión romántica, la aventura de las cumbres que hoy todavía muchos sentimos.

Al principio los Alpes fueron el lugar que ambicionaba en mis primeros sueños, pero un poco más tarde representaron el terreno ideal: una escuela de hielo y roca en altitud para las nuevas generaciones de alpinistas, que ya teníamos puesto los ojos en el Himalaya. Fueron

los tiempos del Corredor Griffin, donde viviría con otros cinco amigos una soberbia escalada alpina en la que tuvimos que afrontar un último largo de roca descompuesta en el que Marisa Montes demostró la gran escaladora que era. Ese día Marisa nos salvó de un gran lío. Y nunca lo he olvidado. También estuvimos juntos, con Manolo, en la escalada de la goulotte Gabarrou-Albinoni, y en algunas otras que ya no recuerdo. Fueron los tiempos en los que pasamos de las botas duras a los primeros pies de gato y los nuevos piolets cortos. Por último, ya de vuelta del Himalaya, redescubrimos el Mont Blanc con otra mirada para encontrar nuevos retos de escaladas clásicas. Así terminaríamos filmando en los corredores del Mont Blanc de Tacul, en el Grand Capucin, en el Cervino, en el pilar central del Frêney —donde se viviría uno de los mayores dramas del Mont Blanc— y en la integral de Peuterey, la arista más larga de Europa. Estas dos últimas son escaladas clásicas, con dificultades de primer orden que exigen un



599312

MIS MONTAÑAS

Toda una vida al filo de lo imposible

Sebastián Álvaro es un referente del alpinismo y de la aventura de nuestro país. Con el programa de televisión *Al Filo de lo Imposible* trasladó esta pasión a todos los hogares españoles. Ha dedicado tres cuartas partes de su vida a escalar cientos de montañas de los seis continentes, algunas en los lugares más remotos de la Tierra, en expediciones muy sacrificadas, difíciles y comprometidas. Pero también ha ascendido otras más sencillas y accesibles, en lugares cercanos a casa, a las que siempre regresa.

Este libro es fruto de esa pasión. A través de las montañas más fascinantes que ha conocido, como el K2, el Cerro Torre o el Chogolisa, realiza un relato íntimo y conmovedor que no dejará al lector indiferente: el de una vida al filo de lo imposible que le ha llevado a escribir su libro más personal hasta el momento.